



HARAVI

AÑO XXXI

Lima, julio de 1994

Nº 93

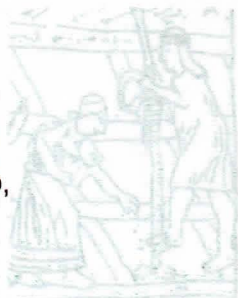
Director: Francisco Carrillo Bolivia 174 Chosica Perú

CUANDO MARCIO ENTRA POR UN OIDO Y SALE POR EL OTRO

Los sonos que tú tañes cada día
no le gustan, ¡ay Marcio!, nunca nada
a la exigente Lidia que te vuelve
las espaldas acorde con su ceño,
ni a los caudillos de la lira beocia,
que al pie del Helicón ufanos viven;
y pese al sumo empeño
tanto de tu sensible seso azul,
cuanto del vigor físico
que pones al tocar las siete cuerdas
mañana, tarde, noche
que irremediamente entran tus sonos
por un oído y salen por el otro.

Carlos Germán Belli

Y de Lidia a quien canta fervoroso,
el firme varón pasa hora a hora
cuán desapercibido por entero,
que escucharlo no quiere ni un momento,
y calculadamente cómo jáctase
de haber el privilegio no frecuente
al mirar desde arriba
en la mujeril sazónada edad
a aquel que la sahúma,
que así se porta porque sabe bien
lo que él por ella siente,
que ese su tañer y ese su latir
son una consonancia indivisible.



Corpo Cultural HTP

Por tales ceños como ortiga ásperos
hasta parece que su bello rostro
no esté esculpido sobre ebúrnea tez,
sino en la roca más endurecida
y en medio de los campos empinada;
que si sorda a las fuentes y a los ríos,
tanto más al quejido
de un lóbrego instrumento perecedero,
empeñado en pulsar
en las salas empíreas lo entrañable;
mas resignadamente
se anidaría en los umbrales de ella,
que vibrar allí es todo para Marcio.

Estos deseos sobrehumanos son
la más nimia de las terrenas cosas
para quien cuyo cuerpo y cuya alma
los cubre con impenetrable cera
y el sonar cadencioso no aparece
por dentro cuando reina la quietud,
que la ninfa se alegra
de ser hielo y no fuego frente al hecho
de que el tañedor célibe
pule y repule las doradas cuerdas
por ella y nadie más,
que no le importa tal tenaz esmero,
pues sólo quiere que su beldad brille.

Y los oídos ovalados ambos
abiertos como puertas en la noche,
mas Marcio no consigue que sus sonos
pasen entre la carne de la ninfa
que tan profundamente duerme al alba,
pese a que cerca él toca su instrumento,
ya que tal vez en sueños
ella de otro oiga el varonil pedido,
que no le es menester
pasar por el umbral de cada sien
por encontrarse ya
en aquel codiciado corazón,
donde hidrónico Marcio nunca entra.

Y los caudillos de la antigua lira
pactan con Lidia contra quien procura
que alguna vez lo escuchen un poquito,
y en cambio lo desechan unos y otros
hasta quedar tendido al ras del suelo
sin subir a los cielos entre cánticos;
que esto ocurre al instante
cuando va a la jurisdicción soberbia
con el mayor contento
para recordar el primer tañido,
aunque todo se acalla
al acercarse al monte por el cual
la música del cielo bajó al suelo.

Es la inmovilidad de los desiertos
el gran silencio con que lo reciben
y no se sabe si es inalterable
cuando cada vez pulsa en vano Marcio,
como si el instrumento no de áureas
sino de estaño cuerdas mal dispuestas
sea profanador
inoportuno de la región beocia,
cuyo aire y cuyo suelo
allí los moradores lo reservan
para sus propios vástagos,
únicos herederos desde siempre
del buen humor de la naciente lira.

La nota discordante le escudriñan
(que el sino de su plectro la desata),
y no se le perdona tal error
sepultándolo como un muerto en vida
en uno y otro punto cardinal
bajo la fría loza del olvido
completamente allí,
sin dejar de él ni un átomo de pasto
para la fiel memoria,
pues por desafinado sin remedio,
y además forastero,
le reservan el íntegro rechazo,
mas él sabe que el mal en bien se cambia.

Míranlo como de remota Thule
y de las musas doloroso parto,
que así lo consideran fijamente
y que aquel su instrumento desoído
es un pequeño caramillo rústico
no digno del laurel que entre las nubes
en la cima retoña;
que lástima despierta al infinito
cuando él quiere escalar
el alto Helicón que codicia tanto
y a mitad del camino
al replegarse su alma sonora
resignado la cima lejos mira.

Cuán pertinaz y cuán común talante
en ese reino del humano género,
donde Lidia es de Venus primogénita,
en tanto que los otros sosegados
entre el verdor del monte discurriendo;
y allí beocios y dama sordamente,
y ciegos por igual,
que las espaldas vuélvenle al gris Marcio
raudos como saetas,
no oyéndolo no viéndolo ni pizca;
mas nunca hay que olvidar
que el varón tiene su corazoncillo
y el portazo la lira le enmudece.

Persiste en fiarse del benigno hado
que favorece al que palpita y tañe,
aunque descubre que resulta inútil
poder ser escuchado alguna vez
por los beocios y Lidia inexorables,
que más atención cuando alumbra el día
dan al quiquiriquí
del gallo quien es siempre indiferente
si lo oyen o desoyen;
que ésta es la exacta historia de la vida
del humano varón
desatendido por los que prefieren
los cantos de la especie misteriosa.

Es la atrocidad del desgano gélido
a la par hondamente profesado
por uno y otro cuánto altisonantes,
para quienes el firme tañedor
(que en vez de las manazas del centímano
nace con ambas manos principescas)
es un pastor montés
ajeno de las siete cuerdas suaves,
y ante el cual se oscurece
espantadizo el claro firmamento
cuando él llega a la falda
del monte que le queda inalcanzable
así nonato, así vivo, así muerto.

Mas por fortuna extraño no resulta
al cruzar el confín de las antípodas,
exactamente allí en aquella margen
del incógnito Ganges, que antes nunca
alguna vez ni en sueños lo miró,
y en adelante ahora permanente
en su memoria corre,
dando fe que allí la mortal oreja
es siempre hospitalaria,
porque con fervor al que toca escuchan
como uno de los suyos,
y el forastero cree enteramente
que el Helicón y el Ganges son vecinos.

Ni Beocia ni tal monte es todo el mundo,
ni Venus no una, no, sino mil hijas
ha albergado en la aurora de su vientre,
que el varón de la lira bien lo sabe
hoy delante del río sacrosanto,
en donde deja el alma salir fuera
en cánticos volando,
no ya exclusivamente dirigidos
a quien sahúma fiel
aunque del todo vanamente siempre;
que los sones se elevan
hoy por primera vez al firmamento
mostrando que es estable la esperanza.

El Ganges sí, y de él patrio río eterno,
que el tañedor amante así lo quiere,
no en el oriente indiano entre cenizas,
sino célibe hidrópico viviente,
cuyos cinco sentidos concentrados
en el extremo de los dedos doctos,
que acordes más que ayer
el plectro empuñan y las cuerdas pulsan
hasta hallar bajo el cielo,
merced a la entrañable musa Euterpe,
una ninfa cortés,
que le dé a Marcio sus oídos castos,
y al fin la lira entre en la dulce carne.